

Los ratones voladores

Megumi Kotake y Álvaro Carrasco.

2003



Este trabajo es compartido bajo una [Creative Commons Attribution-NonCommercial 2.5 License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/)

Vivían debajo de un enorme árbol. La aldea estaba en un pequeño valle boscoso, rico en frutos de todo tipo. En el verano comían mangos, peras, moras y recogían varios tipos de nueces que guardaban para el invierno. Las mamás cuidaban a sus bebés, los ratoncitos más grandes se entretenían aprendiendo en la escuela y jugando, mientras los ratones papás buscaban la comida. Así, tranquilos y felices vivieron los ratones durante muchos años.

De repente el clima empezó a cambiar, los veranos eran más calurosos y los inviernos más duros. Un año de mucho calor hubo menos frutas y nueces que lo usual, pero los precavidos ratones igual lograron juntar buenas reservas para el invierno. Luego llegó el invierno con más frío y agua que lo normal. Llovía y llovía. Los ríos se desbordaron y muchas tierras se inundaron. La aldea estaba en un alto y se mantenía seca debajo del árbol. El fuego de las chimeneas mantenía a las familias calentitas y los ratones solamente salían para buscar comida en la bodega de la aldea. A poco de haber comenzado el invierno, alguien fue a la bodega y, al mover unas cajas, se dio cuenta de que la lluvia había logrado entrar a la habitación y que buena parte de la comida se había podrido.

La situación era grave porque la comida que quedaba no era suficiente para pasar el invierno. Los ratones se reunieron para buscar una solución. Aron, uno de los ratones mayores, dijo:

- Como ustedes saben, hace años emprendí un viaje lejos de nuestra aldea y conocí muchos lugares. Durante esa aventura, pasé por la tierra de los hombres y vi que ellos, al igual que nosotros, también guardan muchos granos en sus enormes bodegas. Puesto que los hombres y sus graneros son tan grandes y nosotros tan pequeños,

ningún daño les haría que tomáramos un poco de su comida para pasar esta crisis. Si cuidamos el alimento que nos queda y aprovechamos el poco que traigamos, todos veremos la próxima primavera.

Luego de discutir esa y otras ideas, se decidió emprender varias acciones, con la esperanza de que alguna fuera exitosa; sin embargo, todas, excepto una, resultarían en fracaso.

Cuando se pidió un voluntario para acompañar a Aron, el primero en ofrecerse fue su hijo, Geor; padre e hijo juntos harían el viaje. Esto puso muy triste a la esposa de Geor y a su pequeño ratoncito.

La noche anterior al viaje se reunió la familia de Aron para ayudarles con los preparativos y para desearles buena suerte. Cuando se fueron a dormir, el pequeño hijo de Geor, triste por la partida, se fue a acostar y, al igual que muchas veces, se durmió en uno de los bolsillos de la camisa de su padre.

En la madrugada, antes que todos se levantaran, Aron y Geor salieron de la aldea. Caminaban rápidamente aprovechando que no llovía. Caminaron toda la mañana hasta que comenzó a llover. Entonces, Gyro se despertó y desde el bolsillo llamó a su padre.

- ¡Gyro! Pequeño ratón. ¡Otra vez te dormiste en mi camisa! -Dijo Geor.- Mi querido hijo, tu madre se va a preocupar y el viaje es largo. Tendremos que regresar.
- -Aron intervino-. Geor, tal vez sea buena idea llevar a Gyro con nosotros. Pocos son los ratones blancos que nacen en nuestra aldea y siempre han traído buena suerte. Creo que Gyro podría ayudarnos en el viaje. Además, su madre debe imaginarse lo ocurrido puesto que este chiquillo siempre se duerme en tu bolsillo.

Un tercer integrante se sumó a esta travesía. El papá-abuelo, el hijo-papá y el nieto-hijo siguieron el viaje. Para el atardecer ya se encontraban en la cordillera que deberían cruzar. Buscaron refugio para pasar la noche. Se acababan de sentar cuando, bajo la luna llena, apareció un zorro.

- Buenas noches –dijo el zorro-. Mi nombre es Manu y esta cordillera habito. Es extraño ver viajeros en estas montañas y más bajo esta lluvia. Si hay algo en que les pueda ayudar.....
- Buenas noches. Yo soy Aron y este mi compañero. Puesto que no conocemos la zona, te agradeceríamos que, con la luz de la mañana, nos ayudes a encontrar nuestro rumbo.
- Duerman bien amigos, que al alba, con mi ayuda, seguirán su camino.

Mientras el zorro se alejaba, Aron le susurró a su hijo:

- Finjamos que nos dormimos bajo el árbol, deja la mochila y luego sígueme.

Rápida y silenciosamente subieron al árbol donde, luego de ponerse de acuerdo, Aron se ubicó en una rama sosteniendo el extremo de una cuerda y Geor en otra sosteniendo el otro extremo. A Gyro se le indicó que subiera a una rama más alta y permaneciera en silencio. No había pasado mucho rato cuando el zorro, creyéndoles dormidos, se acercó sigilosamente. Repentinamente, dio un salto para tomar desprevenidos a los, supuestamente, dormidos ratones. Grande fue la sorpresa del zorro al ver que nadie había. Casi inmediatamente, desde el árbol saltaron los ratones sobre el zorro y rápidamente lo dejaron amarrado e inmovilizado.

- ¿No nos ayudarías mañana? Bien sé que los zorros son animales astutos y que les encanta comer ratones. Por eso decidí seguirte el juego y tomarte por sorpresa. Ahora te dejaremos amarrado en este árbol y mañana seguiremos nuestro camino.

Así fue. Por más que el zorro les imploró que lo soltaran, los ratones lo dejaron amarrado y continuaron la marcha. Bajo la lluvia caminaron por un gran valle entre las montañas. Varios días caminaron en soledad, acompañados solamente por el viento y el río que descendía. Al cuarto día llegaron a un lago. La casa de los hombres estaba en la otra orilla. Aron sabía que en el lago habitaban unos patos y contaba con ellos para que les ayudaran a cruzar el lago. Sin embargo, ahora ningún pato se veía. Rodear el lago era muy difícil y peligroso. Como los ratones son buenos nadadores, decidieron nadar.

Recién habían entrado al lago cuando apareció un gran cocodrilo, que con un veloz movimiento se trago a los tres ratones.

- ¿Están todos bien? - Preguntó Aron-.

- Papá estoy muy asustado. Aquí esta muy oscuro. -Respondió Gyro-.

- Tranquilo hijo, vamos a salir. Comencemos a aruñar y morder el estomago de este monstruo. -Dijo Geor-.

Así lo hicieron los tres. El cocodrilo empezó a sentir primero cosquillas y luego mucho dolor, hasta que los devolvió, lanzándolos casi hasta la orilla cercana a los hombres. Nadaron rápidamente un corto trecho y los tres pisaron la playa; muy asustados todavía pero vivos, salieron de la playa, durmieron y descansaron un largo rato antes de continuar.

Al llegar al granero de los hombres se encontraron con las enormes puertas y ventanas bien cerradas. Trataron de abrir las puertas, de pasar por debajo y no pudieron. Ya se estaban angustiando por haber hecho un viaje tan largo y no poder entrar, cuando Geor observó un pequeñito agujero justo bajo el techo. Geor subió a un árbol cercano y luego saltó al techo del granero pero se dio cuenta que era demasiado pequeño para que pasara él o su padre. Desde ahí les grito:

- El hoyo es demasiado pequeño.
- Tal vez no es demasiado chico para mí –dijo Gyro el ratoncito y rápidamente se subió donde estaba su papá.

Gyro era chiquito pero igual de valiente que todos en su familia. Llevando solo una cuerda, entró al granero. Por un minuto quedó maravillado con todos los objetos que habían en el granero, luego se dirigió a una de las ventanas para tratar de abrirla. Gyro trató de empujar el pestillo pero no se movió, entonces amarró al pestillo la cuerda que llevaba y se lanzó al vacío. Gyro quedo colgando, hizo un poco de fuerza y el seguro se abrió. Gyro subió por la cuerda y les hizo señas a su padre y a su abuelo. Una vez dentro, tomaron el trigo que necesitaban y en varios viajes lo llevaron a la orilla del río. La idea era construir una balsa, cargar el trigo y bajar por el caudaloso río hasta la aldea. Aunque un viaje por el río era muy arriesgado, era la única manera de poder transportar rápidamente el trigo a la aldea. Habían empezado a construir la balsa cuando, vieron que unos patos se acercaban.

Desde lejos los patos quedaron mirando a los ratones, de pronto uno salió del agua y les dijo:

- Si mis cansados ojos no me engañan, me parece reconocer a un antiguo y querido amigo. ¿Podrías decirme tu nombre? Dijo el pato dirigiéndose al abuelo.
- Aron; querido Mallo. Los años han hecho gris mi pelaje pero soy el mismo.

Cuando Aron visitó estas tierras se hizo amigos de estos patos que encontrándose en problemas conocieron su generosidad y valentía. Pero esa es la historia de otro cuento.

Luego de que los viejos amigos se saludaran y Aron explicara las circunstancias que trajeron a los ratones hasta las tierras altas, Mallo comentó:

- Mi familia siempre te estará agradecida por la ayuda que nos diste años atrás. Permítenos que nosotros ahora te ayudemos. La lluvia ha hecho crecer el río y bajar por él, aún para nosotros, resulta difícil. Con la ayuda de mis hijos podemos llevarlos volando a su aldea.

Así, Aron y Geor -cargando a su ratoncito en el bolsillo- se subieron cada uno en un pato. Otros cinco patos cargaron la comida y todos juntos volaron bajo la lluvia hacia al bosque de los ratones. Pasaron sobre el valle, vieron el correntoso río bajando por las montañas y observaron que el zorro se había soltado de sus amarras. En menos de un día de vuelo llegaron a la aldea.

Los ratones sorprendidos y admirados vieron llegar a los patos y sobre ellos a sus queridos aventureros. Todos corrieron a encontrarlos y fueron recibidos con alegría y alivio. La mamá de Gyro lo recibió con un abrazo. En la aldea casi no quedaba comida y el alimento traído resolvió el problema. Los patos pasaron la noche en la aldea y al día siguiente regresaron a los suyos.

Aron vivió todavía muchos años y siguió enseñando y entreteniendo a los ratones más pequeños. Geor heredó la virtud de su padre y siempre sirvió a su aldea, en tanto que Gyro, el famoso ratoncito blanco que ayudó a traer el trigo, creció fuerte y noble.